

LA CALLE DEL DELITO

Kate London

Traducción: Carmen Bordeu

MOTUS

DESPUÉS
VIERNES, 4 DE
NOVIEMBRE DE 2016

LA DETECTIVE INSPECTORA SARAH COLLINS HABÍA salido antes del amanecer: recorrió deprisa las calles de Londres y avanzó a toda velocidad por la autopista para luego serpentear por caminos rurales hasta la iglesia sajona que se erguía, más allá de un portón y un sendero, en la cima de una pequeña colina. Los setos y árboles resplandecían con los últimos colores del otoño.

Faltaban más de treinta minutos para el funeral. Deslizó el asiento del coche hacia atrás y bebió del termo de té. Caroline se había ofrecido a acompañarla, pero no le pareció bien compartir un momento tan íntimo tan poco después de haberse separado. Suspiró y se apretó los ojos con las palmas de las manos. El único sonido era el canto de los pájaros.

Cuando tenía dieciséis años, la hermana de Sarah había muerto. Patrick, el novio de Susie, iba conduciendo demasiado rápido y perdió el control en una curva cerrada. Fue un error de cálculo momentáneo, la adrenalina juvenil desatada por la potencia del coche que había pedido prestado aquel día, pero en un instante, su hermana estaba tan muerta como si Patrick hubiera cogido una navaja y la hubiera matado.

Sarah suspiró de nuevo. Era agotador pensar en esto tantos

años después y en un funeral tan diferente. Pero es imposible controlar lo que te viene a la mente. Tal vez fuera la juventud de Susie cuando murió o la inmensa tristeza que Sarah sentía ahora y que se expandía en su interior como aire.

El cuerpo no es un cuento de hadas. A veces no sobrevive a un impacto, a una puñalada o a la bala de un arma.

Se enjugó los ojos con el dorso de la mano y cerró y guardó el termo. En su mente surgieron los niños que hoy marcharían detrás del ataúd. No había remedio para la pérdida de un padre: eso era lo que no podía soportar. Sarah podía hacer en el trabajo todo lo posible por impartir justicia, pero ¿qué podía aportar ahora? Se sentaría sola en el fondo de la iglesia. Presentaría sus respetos. Sin molestar a nadie.

Habían empezado a llegar otros coches. Subían por la pendiente y aparcaban para dejar bajar a sus ocupantes en los arcenes. El funeral era de un oficial de policía, por lo que muchos de los asistentes eran también policías. Eran fáciles de reconocer por sus buenos modales, su ropa elegante y la manera en que te evaluaban al mirarte.

También había niños, que poblaban el cementerio mientras se dispersaban de camino a la iglesia. Sarah sonrió al observarlos. Un niño regordete de unos cuatro años con chaqueta y pantalones a juego. Una niña algo mayor con un vestido de tafetán albaricoque y una chaqueta de punto oscura más apropiada para una boda que para un funeral. Chicas adolescentes con vestidos ceñidos y tacones de aguja que se hundían en el sendero o temblaban bajo los zapatos. Y chicos adolescentes con el cabello engominado y enormes manzanas de Adán, apretujados en trajes horribles en homenaje al desconcertante mundo adulto al que hoy no se podía contradecir.

Sarah sintió pena por ellos y por su vulnerabilidad mal disimulada, su sensibilidad ante cualquier desaire, sus errores apresurados y sus dolorosos y prolongados arrepentimientos.

Mientras contemplaba a los adultos reuniendo a sus hijos con mayor o menor paciencia, supo que a pesar de todos los tira y afloja de la paternidad y la maternidad, esos niños eran los afortunados. Madres y padres que los empujaban a ese desesperado y grandioso y ridículo momento en el que hasta un corte de pelo parecía un acontecimiento de vida o muerte.

Y mientras salía del coche y atravesaba el portón hacia la iglesia, sus pensamientos se trasladaron a esos otros adolescentes, montados en sus bicicletas, y que robaban teléfonos y pasaban drogas de mano en mano en las calles de Londres. Se le vinieron a la mente los niños perdidos de Peter Pan que vagaban en libertad en el País de Nunca Jamás, donde morir era una aventura inmensa y donde el pirata Smee se limpiaba las gafas antes de limpiar su espada, y su mirada se desvió hacia el extremo más alejado del cementerio, donde, junto a una valla que separaba la tierra consagrada de un campo de caballos, la profunda tumba esperaba.

**UNA PROMESA
DEL FÚTBOL
DOMINGO, 9 DE OCTUBRE DE 2016**

CAPÍTULO 1

—POR FAVOR, NO ME DEJES morir.

La primera vez, Owen no estaba seguro de haber oído bien. Y tampoco podía ver bien. La farola de la calle estaba apagada. El gran parque que se extendía a lo largo de la acera estaba oscuro como la boca de un lobo y sus ojos todavía estaban llenos del resplandor de la tienda donde acababa de estar. Al principio, lo único visible fue un movimiento entre las sombras. Luego, cuando sus iris se dilataron, distinguió a dos adolescentes de espaldas a las rejas.

Gallowstree Lane era demasiado ancha, demasiado oscura, y la vida le había enseñado a Owen por las malas a no tomarse nada a pies juntillas. Tal vez esos chavales iban a robarle. Pero el chico que había hablado dio un paso adelante y Owen advirtió que se estaba sujetando el interior de una pierna. Un charco oscuro y pegajoso se extendía alrededor de sus pies.

—Por favor, no me dejes morir —repitió.

Owen había salido a comprar cigarrillos en la tienda de la esquina antes de que cerrara. Tenía un chico en casa, un chico al que hacía solo diez minutos le había ordenado que apagara la luz, pero que era probable que siguiera despierto y atornillado a la Xbox. Apagaría la luz cuando volviera su padre y se

haría el dormido. Esto solía arrancarle una sonrisa a Owen y, al pensarlo, se le cortó la respiración por un segundo, porque a pesar de que su hijo era todo lo que cabría esperar de un adolescente —perezoso, desordenado, desorganizado—, Owen lo quería tanto que sabía que era capaz de morir por él.

El chico frente a él, dedujo, tendría la misma edad que su hijo. Quince años. Intentó que la idea no lo paralizara ni lo hiciera concluir lo que el charco creciente de sangre sugería. Había sido entrenado para no rendirse, no solo por el ejército, sino también por la vida. Había visto muchas cosas. Un soldado pisando un artefacto explosivo improvisado. Un ataque suicida en un mercado. La situación le hizo volver al mismo lugar, y la reacción conocida —un cierto sudor frío— fue contrarrestada por las también conocidas instrucciones a sí mismo: “Haz lo que puedas. No te detengas a pensar en los resultados”.

Llamó al otro chico, el que parecía ileso, y este dio un paso adelante. El típico chaval londinense con el uniforme habitual: sudadera con capucha oscura y pantalones de deporte.

—¿Has llamado a una ambulancia? —preguntó Owen.

El joven meneó la cabeza.

—No tengo móvil.

—¿No tienes móvil?

Incluso en ese momento de peligro, a Owen le costó creerle. Se suponía que todos los adolescentes tenían teléfono, ¿no? Volvió a mirarlo. Sus ojos se estaban acostumbrando a la poca luz y reparó en más detalles. Piel pálida para un chico negro, boca ancha, una línea afeitada en la ceja izquierda. El logotipo de Superdry en la sudadera. Debía de estar aturdido. En estas situaciones, había que hacerse cargo, dar instrucciones claras. Sacó del bolsillo su propio teléfono, un iPhone 6, y se lo entregó.

—El pin es 634655. Llama al 999.

El chico manipuló el móvil con ansiedad.

—¡Joder! No hay señal.

—Busca señal. Avisa que hay un sanitario fuera de servicio en la escena. El paciente está consciente y respira, pero hay sospecha de hemorragia arterial. ¿Has entendido?

—Sospecha de hemorragia arterial, sí.

—Diles que necesitamos un helicóptero medicalizado. ¿Lo has entendido? Helicóptero medicalizado.

—Helicóptero medicalizado, sí.

—Diles que hay peligro de muerte.

El joven seguía manipulando el teléfono.

—¡Joder! —repitió.

—¿Cómo te llamas?

El chico negó con la cabeza, aunque no estaba claro si a causa del teléfono o porque se negaba a dar su nombre.

—Vale, como quiera que te llames, tranquilízate. Busca señal. Haz la llamada y regresa para ayudarme.

Se volvió hacia el chico herido.

—Tienes que tumbarte. —Pero el muchacho estaba confundido. Había empezado a quitarse la ropa y, cuando Owen se acercó, trató de apartarlo.

Miró a su alrededor y repitió, esta vez con rabia y miedo:

—No me dejes morir.

Dos personas pasaron junto a ellos. Dos jóvenes blancos, un chico y una muchacha. Tendrían unos veinte años. Ambos vacilaron.

—¿Pasa algo? —inquirió el joven.

Tenía el típico acento de escuela de élite, fuera de lugar en esta calle. Había miedo en su voz y desvió la mirada con rapidez hacia el charco de sangre.

Owen sujetó a la víctima cuando esta empezó a perder el control de su cuerpo y la tendió sobre la calle, incluso a pesar de que se resistió como un pájaro que batía sus alas. Luego alzó la vista hacia la pareja.

—Este chaval está en problemas. ¿Podéis ayudarme?

—¿Qué podemos hacer?

—Presiona su pierna.

El chico se arrodilló, colocó las dos manos sobre la pierna y presionó con los pulgares.

—No —dijo Owen—. Con mucha más fuerza. Ponte de pie. Pon tu pie en su ingle, aquí. Eso es, usa tu peso. No tengas miedo.

Hizo un gesto hacia la muchacha.

—Tú, cielo. ¿Cómo te llamas?

—Fiona.

Su piel era blanca como el abedul en la calle oscura y sus ojos estaban muy abiertos. Tenía el cabello largo y lacio. Owen le sonrió y trató de sonar animado.

—Vale, Fiona. Arrodíllate y apoya su pie en tu hombro. Levántale la pierna. Eso es. Súbela más. Tenemos que frenar la hemorragia.

Owen se arrodilló junto al paciente.

—Me llamo Owen, colega. ¿Y tú?

El chico se limitó a gemir. Owen empezó a buscar otras heridas. La piel ya estaba húmeda y pegajosa. Era difícil ver los detalles necesarios en medio de la oscuridad y la sangre. No tenía linterna, ni vendas, ni desfibrilador. No tenía nada.

—¿Qué ha pasado? —continuó—. ¿Te apuñalaron más de una vez?

—No lo sé.

Otra mujer se les había unido. Una mujer negra y corpulenta, de unos cincuenta años, tal vez. Tenía un aire de entereza y la luz se reflejaba en su piel como si fuera piedra pulida.

—¿Qué puedo hacer? —se ofreció.

La ropa que el chico se había quitado estaba sobre la acera. Owen señaló hacia allí.

—Revísala. Fíjate si encuentras algún otro corte.

La mujer se puso a examinar la ropa y la sostuvo en alto para captar la poca luz que había.

La chica llevaba puesto un pañuelo y Owen le pidió que se lo diera. Se lo entregó de inmediato. Podría no servir de nada, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Envolvió el pañuelo con firmeza alrededor de la parte superior del muslo. El chico estaba perdiendo el conocimiento. Owen no tenía ni sangre ni oxígeno para darle. Acercó la cara a la boca del muchacho. Aún respiraba. Todavía había esperanza. La policía ya estaba allí: se estaban poniendo los guantes de plástico mientras preguntaban qué podían hacer. Owen se volvió y miró por encima del hombro. No había ni rastro del chico al que le había pedido que llamara para pedir ayuda.